

COVID-19 Y EL JUDIO ERRANTE

Edmundo Torrejón Jurado

Centurias inmisericordes. Sus designios cincelados en relojes: de sol, de arena, de engranaje, eléctricos, transistorizados, atómicos, habían sembrado en él infinidad de vivencias. Las más, de tragedias esbozadas con desesperaciones sin límites. Tal vez... quizás... la primera, la suya: Un ser inmortal deambulando ininterrumpidamente por el orbe, abofeteado, denigrado, murmurado, estigmatizado con el nombre de ¡El Judío Errante! por la irrespetuosidad y la desconfianza de diversas generaciones. Su misma identidad era una bruma perversa: ¿Sería Caín, condenado a errar más allá del este del Edén luego de ajusticiar a su hermano, tramontando y tramontando inagotables horizontes, hasta el fin de los tiempos? ¿Sería Cataphilus, el guardián pretoriano de Poncio Pilatos, que luego de espolear al Hijo del Hombre, recibiera desde Su mirada el: “Yo arribaré, pero tú nunca llegarás”? ¿Sería el zapatero Lompidus, burlón e irreverente —aquel de la vera de la Vía Dolorosa— que, tras injuriar al Maestro tras alguna de sus caídas, recibiera el trueno íntimo de: “Tú caminarás hasta el fin de los tiempos”?

La noticia era escueta pero preocupante: “Un virus extremadamente agresivo por las múltiples complicaciones médicas que ocasiona y su realzada mortalidad se ha presentado en Wuhan, ciudad populosa de China. Las pruebas clínicas han demostrado que no existe medicación alguna para tal noxa y —por supuesto— tampoco vacuna preventiva”. Pensó para sí, con la alarma que le dio, le concedió, le otorgó la abundante experiencia: ¡Una vez más, una armada inmisericorde con marines imperceptibles amenaza la tierra! Y se auto especuló: ¡Puede ser el advenimiento del Armagedón! ¡Debo dirigirme presto hacia Jerusalén! ¡Situarme pronto frente a la puerta dorada-tapiada de su muralla! ¡Puede arribar desde allí mi liberación!

El destino circunstancial lo situaba en la plaza de Tiananmén, paradójicamente la tradicional Puerta de la Paz Celestial de Pekín. La alarma le exhortó a dirigirse raudamente hacia el aeropuerto Daxing. El único espacio de vuelo encontrado le significaba un itinerario descomunal: de Pekín al Fiumicino de Roma, de allí al Guarulhos de

San Pablo, luego al Viru-Viru de Santa Cruz, de éste al International Airport de Miami, de aquí al Reina Alia de Amman y finalmente al Ben Gurion de Tel Aviv. En la sala de espera llamó su atención un personaje de franca fisonomía, gestos y catadura chinos, rodeado de personas afables pero tensas. El protagonista portaba un rostro un tanto desfigurado, con una mirada emplazada hacia la lejanía y una palidez que acentuaba más su tez racial. Su curiosidad fue asaz correspondida: “Me dirijo a Wuhan, me obligan el deber, las imperiosas autoridades y mi vocación: soy virólogo, los primeros resultados del llamado Covid-19 que me arribaron de identificación, agresividad, farmacoterapia y posibilidades de inmunización, son —a no dudarlo— realmente alarmantes. Llevo varias jornadas poseído por el fervor de la duda: ¿será el fin de la raza humana? El cáncer de nosotros —poseedores de las desconcertantes barajas del tarot de la vida— es el conocimiento de la verdad profunda y sus causas. Hay algo más que le puedo confiar en su cualidad de extranjero: el investigador al que voy a reemplazar está difunto, el profesor Li del Hospital Central de Wuhan, fue detenido y deshonrado, luego de difundir los primeros siete casos. Posteriormente, libre y retornado como investigador, murió heroicamente, corroído por el Covid-19 a los 34 años. Dejó una esposa viuda y una pequeña hija. Las personas que observó usted junto a mí eran amigos y familiares, todos adultos, pues no quise que me acompañaran niños. La causa: ¡Quién sabe, tal vez esté dirigiéndome hacia mi propio entierro!”

Los ojos empañados del médico —sin el rocío-gotear de llores— portaron súbitamente al auditor hacia “Las Lágrimas de San Pedro”, fruto de la inmensa paleta y el infinito pincel de El Greco Domenikos, su cómplice y amigo, cuando su habitar en la Florencia de los años mil quinientos.

El abordaje a la primera etapa de su largo viaje, se realizó a hora exacta. Una amable azafata de casi ausentes ojos rasgados lo ubicó al lado de una agraciada mujer, portadora de esa etérea hermosura del embarazo. Indagando —apoyado en su acento femenino al hablar— preguntó a su vecina: “¿italiana?” Sólo asintió ella con la cerviz, mímica que fue simplemente el preámbulo para el relato de su enternecedor drama: “Es incuestionable que

mi hijo —aún en gestación— y yo vamos hacia el cadalso, ansio a que sea mi patria, la sala de partos-nicho, la que nos brinde paradójicamente nacimiento y óbito.” De pronto: aeronave, pilotos, personal de a bordo, pasajeros, lo mismo que nubes y cielo circundantes, se inundaron de lágrimas infinitas: ¡el dolor del universo se aerotransportaba en esa nave! La palabra consuelo desapareció de todos los diccionarios, de todas las enciclopedias, de todos los códigos, existentes y por existir. El vuelo arribó a Fiumucino, en verdad impulsado en sus turbinas, durante las últimas millas, por el llanto irreprimible de la madre-embarazo-parto.

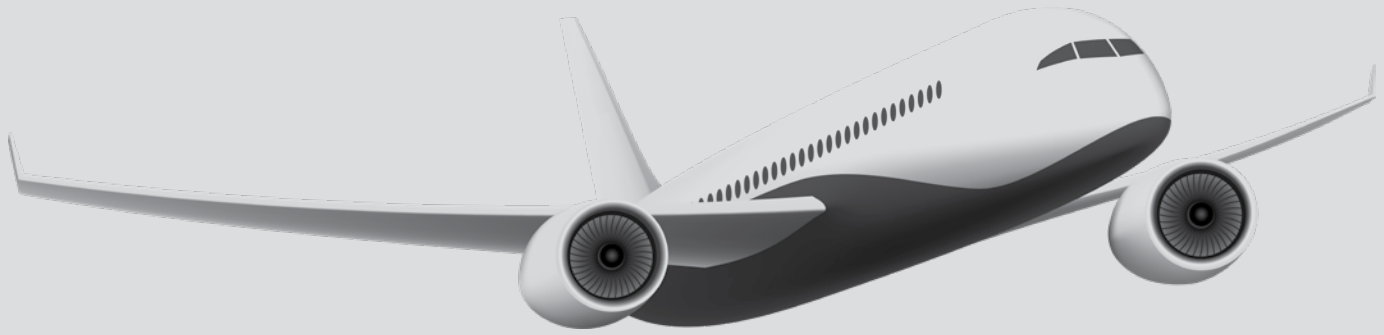
“Trabajo para Food for the World (alimentos para el mundo). Vengo de Etiopía donde soy el Alto Comisionado de la Organización para el África, soy el Decano de la misma. Mi patria es Holanda, donde tenemos los hombres y mujeres de mayor estatura en el orbe. Pedí una reunión urgente, pues no se nos consultó de ninguna manera para el determinar y el surgir de esta inesperada y grave situación. La guerra bacteriológica estaba programada para el año dos mil cincuenta, si fuera necesaria o el caso requería. ¡Aún, en la actualidad, el hambre del planeta se puede manejar y manipular! Paradójicamente, el progreso de la Medicina no se acompaña con el marchar de los graneros. Históricamente, las epidemias son necesarias para el equilibrio poblacional. Cuatro ejemplos: Plaga de Justiniano de los años 541-42, exterminó 25 millones de personas. La Peste Negra o bubónica de 1320, mató a 75 millones de seres. La viruela de los años 1520-22, asesinó a cinco millones, sobre todo habitantes de los imperios Inca y Azteca. La gripe española de 1918 a 1920 aniquiló a 40 millones de hombres, mujeres y niños. Mi idea es que, si la pandemia ya se desencadenó, la coyuntura se debe aprovechar, apostemos por estimular para que el coronavirus Covid-19 se difunda rápidamente y, una vez conseguido el logro: presentar las correspondientes terapia y vacuna. Otro gran enemigo que tenemos al frente son los modernos, abundantes y en ocasiones poco maniobrables medios de comunicación. Adiós, me llaman a bordo, acá le dejo mi tarjeta protocolar, el mundo es un pañuelo.”

Al leer la misma: Academic Gerrit Van Der Graaf —Food for the World (alimentos para el mundo)— él, que a lo largo de su eterna vida había participado en incineraciones, en baños con cal viva de moribundos y cadáveres, en fosas comunes donde se apilaba el destino-escoria y en la construcción de puentes-pasaderas entre las mansiones para evitar contagios, pensó que, en centurias de vivencias, jamás había sentido esa sensación de estupor y de repugnancia sumos. A su arribo a Guarulhos lo esperaba un supremo inconveniente: ¡La cuarentena! Debía esperar catorce días para —luego de una eventual constatación sanitaria— continuar viaje. En su condición de personaje, le fue concedido un hospedaje especial.

Arribado al mismo se inició “otro suplicio” para él: ¡nunca, había permanecido tanto tiempo encerrado y sin poder desplazarse! Afortunadamente, al no haber gente civil que deseara ponerse en contacto con los enfermos, se implementó un voluntariado para servir de apoyo al personal sanitario en las “moradias” de indigencia o favelas. Allí, una vez más, comprobó que la ruleta de la pobreza juega con unas fichas desalmadas: el hombre de poder continúa y continuará siendo la guillotina del hombre desposeído. Existía sin embargo, para el cosmos de su experiencia, una pequeña pero remarcable diferencia con los azotes que había vivido antes; en lugar de la cal, las fosas comunes, la incineración, a los infinitos cadáveres se les concedía el don de impecables bolsas de plástico, algunas con la sobre estima de cierres de cremallera y a sus contenidos se los había medicado con el “prodigioso” paracetamol para disimular dolores y febrículas. Dos fortunas lo amparan en este aeropuerto: el termómetro frontal no mensura fiebre en usted; luego, al estar los vuelos comerciales suspendidos —de acuerdo a su pasaporte de personaje distinguido— se beneficiará con un transporte aéreo que, luego de recoger previamente otros pasajeros del Viru Viru, lo depositará en el International Airport de Miami.

El embarque fue expeditivo, a la élite se la debe tratar con máxima consideración y celeridad. Además, todo el interior de la nave había sido acondicionado y adaptado como Clase Súper First Ejecutiva con la disposición de asientos, a dos metros de distancia uno del otro, como dictaminaba el protocolo médico en actual vigencia. El ambiente era agradable, pese al motivo de viaje apresurado y urgente de todos los pasajeros: dueños y amos de importantes industrias y factorías, los que habían tomado tal decisión al recibir la noticia de que la pandemia del Covid-19 había ocasionado el precipitado y gravísimo cierre temporal de las mismas. (Pensó para sí: un General que se precie de tal, no debe perder el control de sí mismo bajo ninguna circunstancia, si no corre el riesgo de perder la batalla). De pronto —como era lógico— el aeroplano se transmigró en un simposio de grandes intereses económicos que se veían amenazados. De manera ordenada y fría, cada uno vertió su opinión. A ese nivel, no hay, no puede haber discusión alguna. Al final, cada uno decidiría por lo propio.

“Mi nombre es Jefferson Cooper Burton, es un gusto conocer a alguien en este vuelo que esté alejado de la banca, la industria y la empresa. Antes, pediremos algo para acompañar y amenizar la conversación. La bella aeromoza no mostró ninguna extrañeza cuando se le ordenó caviar ruso de Osiotr, canapés de langostinos de Nueva Caledonia, champaña Roederer Cristal 2006 y vino Chateau Climus Barsac. Mi amigo, desde hace varios lustros vengo insistiendo en la necesidad ineludible de la



implementación de una robótica integral y total en la industria. El uso de robots industriales manipuladores, programables y reprogramables nos ha servido y nos sirven tanto hoy.

¡Necesitamos drones y robots inteligentes! ¡Debemos imponer la inteligencia artificial en la industria y en la distribución de lo producido! El problema de la desocupación obrera y técnica no nos debe interesar ni preocupar. Con la robótica capitaneando nuestras industrias no tendremos huelgas ni paros, jornales ni jubilaciones, y lo más importante: enfermedades que requerirán un seguro médico o padecimientos con riesgo de contagio como el actual Covid-19. Afortunadamente, creo que científicos como Elon Musk y Jack Ma nos llevarán hacia buen puerto en lo referente a la inteligencia artificial. En la escala económica, dejaremos al hombre para el arte, alguna artesanía o para elaborar estas delicias de gourmet y sibarita que hoy estamos degustando y disfrutando. ¿Tiene usted idea de cuantos millones de euros, yuanes o dólares, yo perderé por culpa de este infame coronavirus? ¡Salud amigo! ¡Por el triunfo de mis sueños e ideales! ¡El futuro será de la robótica inteligente!”

De pronto, sintió que la copa del inigualable vino Chateau Climus Barsac le susurraba: bebamos... bebamos... brinda por el egoísmo y la impiedad mayores, olvídate de los millones de niños del futuro que beberán gotas de pechos escuálidos y desfallecidos. Brinda por la infinidad de hombres del futuro con los brazos amputados por la desocupación y la cesantía.

Con la última pizca del manjar, vino el anuncio: “En diez minutos aterrizaremos en el aeropuerto de Viru Viru donde la temperatura es de 30 grados. Respetuosamente les aclaramos que el personal de a bordo se encargará del traslado delicado y seguro de sus pertenencias de mano. Debido a la pandemia, se deben cumplir requisitos estrictos de salubridad.”

Abierta la puerta de desembarque ingresó pocos pasos un uniformado ataviado de gala, quien con voz atildada y

enérgica los recibió con amabilidad disimulada: “Bienvenidos al país del coyuntural y necesario silencio. Patria respetuosa ante todo de las garantías democráticas. Sobrellevamos con el mayor esmero la pandemia del Covid-19 que soporta el orbe y que nosotros también padecemos. Les agradeceremos expresar la menor cantidad de palabras, pues se ha demostrado que éstas constituyen un importante medio de contagio. Al efecto, recibirán un barbijo de uso obligatorio con un pequeño refuerzo a nivel bucal. Un cuerpo de seguridad los escoltará hasta la sala VIP, donde permanecerán entre seis a siete horas, hasta el arribo de otros aerotransportes provenientes de países vecinos y que trasladan otras personalidades que también serán embarcadas rumbo al International Airport de Miami. Una aclaración más, hemos contratado mimos altamente especializados, para —respetando el silencio— estar al servicio incondicional de ustedes.”

Al emerger de la aeronave los esperaba una doble escuadra de uniformados. Un portaestandarte enarbolaba en alto una bandera, en cuyo centro, de manera rimbombante, figuraba la imagen de un enorme coronavirus, bordado en alto relieve con hilos dorados, alternando con otras hebras de colores ostentosos. Súbitamente surgió en la mente del “Judío Errante”, ante su asombro estremecedor: se repite —transcurridas tantas centurias— un “prefecto del pretorio” que los recibe y el “preceptor pretorio” (corte pretoriana de 500 hombres) que los escolta. Reemplaza al Águila Romana este coronavirus como símbolo del amedrentamiento y la tiranía. Los eternos esbirros repetidos, reiterados y replicados indefinidamente en el devenir del hombre. (Tal vez él se sintió identificado en una fracción de segundo con ellos, quién sabe si alguna vez compañeros de ruta).

La estadía de la distinguida comitiva en la sala VIP duró seis horas exactamente. En ese transcurrir de tiempo, el dios silencio tomó posesión del recinto. Su ícono fue quebrado por el ingreso del “prefecto del pretorio”:

“Respetables huéspedes: el aerotransporte que los trasladará a Estados Unidos de Norteamérica, deberá

ser abordado en este instante. Una enmienda más: tratándose de uno de los últimos vuelos —si no el último— que recibe ese gran país, se dirigirá hacia el aeropuerto John F. Kennedy, el que está en Queens, a escasas 16 millas del centro de Nueva York. Nuestro Servicio de Inteligencia nos ha informado que la mayoría de ustedes habita allí, cerca de allí o tiene sus intereses industriales, bancarios o comerciales muy cerca. Otra aclaración respetuosa: no se admiten reclamos, sugerencias, opiniones e insinuaciones de ninguna categoría. Ha sido un honor y placer el compartir con tan dignas personalidades. Gracias por su amable visita. Una solicitud: al ingreso a la nave, les ruego encarecidamente, la devolución de los barbijos reforzados.”

Al arribo a Nueva York, toda posibilidad de continuar viaje le fue denegada. Le aclaraban reiteradamente que todos los aeropuertos del mundo estaban sin servicio. De nada sirvió la presión ejercida por sus compañeros de viaje, pese a que todos tenían gran influencia y que algunos, inclusive, eran importantes accionistas de grandes compañías aéreas. Una limusina y un escrupuloso conductor, brindados por Jefferson Cooper Burton, lo condujeron hasta Manhattan.

¡Jamás!... ¡Nunca!, imaginó a la Quinta Avenida transmigrada en un desierto de Gobi. Una vez más, el maldito silencio lo abofeteó en las entrañas.

Finalizado el desplazamiento terrestre, la soledad y el mutismo circundante lo recibían para cobijarlo en un monumental hotel. El recepcionista, con mirada desconfiada, le aclaró de inicio que prácticamente era el único huésped y que fue aceptado por una llamada telefónica vehemente e impetuosa de un ejecutivo importante de la Cooper Burton y Cia. Ordenó que se le facilitara un teléfono celular de última generación con servicio de Wi Fi sin límite e indefinido. Sus eventuales salidas del hotel —debido a la cuarentena por el coronavirus— serán de una vez por día y sólo a dos cuadras a la redonda como máximo. Estamos obligados a informar a las autoridades periódicamente de tal situación. Este instante, un mozo especial portará lo suyo y conducirá a su persona hasta el apartamento 306 con vista a la avenida. Sea bienvenido.

De pronto, en su soledad infinita, fue atacado cruel, brutal, feroz e inmisericordemente por el coronavirus Covid-19, pero no corporal ni físicamente, sino psicológicamente. De inicio, se dio cuenta de que había una manifiesta competencia de morbosidad en la información. Transcurrido un segundo de su ingreso a su aposento, lo recibió una noticia enunciada en todos los medios de comunicación e inclusive en su teléfono celular. Se suicidó

la Jefa de Emergencias del Hospital Presbiteriano de Nueva York, alterada por no dar abasto para atender a tanto paciente por Covid-19 y ser partícipe de tantos fallecimientos por causa de dicha enfermedad. Continuando la metralleta:

- La Universidad Johns Hopkins informa minuto a minuto la cantidad de enfermos y fallecidos por la pandemia, en Nueva York, Norteamérica y el mundo.
- Los servicios de emergencia: local, nacional y a nivel mundial son rebasados por tanto paciente.
- Se entierran fallecidos en fosas comunes, muchos sin identificación.
- Se cierran los cementerios, sólo se abrirán para fallecidos comunes. Los por causa del virus serán cremados.
- Múltiples fallecidos por el virus, en una ciudad de Sudamérica, permanecen varios días en vía pública sin ser levantados.
- Se impone una especie de ranking diario entre continentes, países y ciudades en el registro de enfermos y muertos.
- La tecnología colabora, en la computadora, con un mapamundi con distintos colores de cada país, que muestra las incidencias de casos y fallecidos jornada a jornada, es más, con un click que señala un país, inmediatamente se conoce el número de enfermos y fallecidos.
- El teléfono celular tampoco queda indemne. Las redes sociales se encargan de ello.

Despertaba y estaba la noticia, se bañaba, se afeitaba, comía, leía, escuchaba música, caminaba, hacía compras, auscultaba la radio, veía la televisión... ¡y en todo momento y circunstancia el Covid-19 estaba presente! Habían transcurrido dos días, y ante la preocupación del personal del hotel el huésped no retornaba. Arribada la autoridad policial, se le informó de tal situación y que, simplemente, el alojado dejó en su casillero de llaves un sobre engomado y asegurado. Abierto éste con la presencia de la autoridad de migración y judicial, se constató la identidad y se extrajo un simple papel con membrete del hotel en el que se leía: “Voy a la Viena de 1902 en busca de mi gran amigo, el profesor Sigmund Freud, para hacerle una consulta médica.”

Edmundo Torrejón Jurado (Tarija, 1945). Médico y escritor boliviano. Fue Presidente de la Sociedad de Escritores de Bolivia (SODESBO), y actualmente es Secretario de Relaciones Internacionales de la misma organización. Su obra poética ha sido traducida al inglés, francés, italiano, polaco y árabe. Ha sido invitado a dictar conferencias y presentar sus textos en América, Medio Oriente y Europa. Obtuvo el I Premio PEN Bolivia - Poesía, con su libro *Mesones del alba* y recibió también el Premio Solenzara de Poesía 2011, dependiente de La Sorbona, de París.